

CONFERENCIA

La dialéctica de vanguardia del grupo literario *Crítica Contemporánea y su circunstancia**

Gustavo Luis Carrera
Universidad Central de Venezuela
glcarrera@yahoo.com

La categoría **grupo literario** es, por su propia fuerza generadora, el equivalente de una proposición renovadora. La **L**razón interior que conduce al “agrupamiento” es de naturaleza contestataria, de objetivo diferenciador y de soberbia autosuficiente. Los ejemplos históricos confirman plenamente esta esencia anímica y esta potencialidad renovadora.

En primera instancia, la motivación para integrarse en un *grupo* es la convicción de que se tiene algo que decir y que ese algo es meritorio, cuando no magistral y sorprendente. En segunda instancia, actúa el espíritu del peso colectivo; es decir, de la significación lógica de varias individualidades agrupadas, siempre superior a cada una de ellas por separado. En tercera instancia, participa, de manera particularmente significativa, la conciencia del apartamiento, de la separación diferenciadora del colectivo social, y en especial del gremio o sector intelectual y literario.

La totalidad de la caracterización histórica del *grupo* podría resumirse en el concepto de vanguardia; condición que debe someterse a una revisión conceptual y a una delimitación de significaciones históricas y estéticas. Al respecto, Vincent Kaufmann (*Poética de los grupos literarios*) apunta su contemporaneidad, como fenómeno diferencial del siglo XX: «La vanguardia es una costumbre del siglo; forma parte de nuestro paisaje literario y artístico; hasta el punto, de otra parte, de terminar por desaparecer, por exceso de familiaridad, por exceso de evidencia: porque si el propio término conserva todavía su valor, ya no designa más que una convención, una renovación interna del mercado o de la institución artística, los mismos que las vanguardias, al comienzo, tenían precisamente la vocación de contravenir e inclusive de destruir».

Aspecto crítico -y polémico- de sentido definitorio es el relativo a la condición de «ghetto» del *grupo literario*. Allí radica, a un tiempo, su sentido y su negación ontológica. La separación es una esencia caracterizadora del empeño de búsqueda, del requerimiento de originalidad. Sin diferenciación no hay deslinde de territorio singularizado. Pero, a fin de cuentas, la imposición de la necesidad comunicacional, el requerimiento ineludible de eco receptor, llevará a poner en entredicho lo que parecía esencia primaria en el origen del grupo: su condición autónoma y hasta autotélica. El juego dialéctico de esta contradicción surge como uno de los aspectos más interesantes del tema.

En el caso de Venezuela, la historia de los *grupos literarios* va unida a la de las revistas literarias, y seguramente es así en la perspectiva mundial, al menos en cuanto a tendencia dominante. Y en tal sentido, la *revista* es tribuna, reto, manifiesto y comunicación del *grupo*; hasta el extremo de que en algunos casos es ella la que da sentido, fundamentalmente, a la agrupación estética y literaria, por lo general no carente de proyección social e inclusive política.

La investigación de la información sustanciadora de bibliografías exige la amplia apertura indagadora, atenta a las fuentes no sólo estatuidas y asentadas en los anaqueles y los fondos editoriales, sino por igual a la difusión inmediata y dinámica que irradian las llamadas *revistas literarias*, categoría divulgadora -como he apuntado- de especial significación como reflejo de inquietudes y de expectativas contemporáneas con respecto al momento en que se difunden. A ese variable y heterodoxo fundamento informativo que condensa un mundo conceptual en pocas páginas temporales y volanderas, es necesario dedicar algunas consideraciones.

La especie *revista literaria* constituye una suerte de apartado específico en el vasto territorio de la tarea ímproba que frecuentemente significa publicar para quien no es escritor vedette, inversión editorial rentable o figura consentida de los medios que manejan el poder intelectual. Porque existe y actúa constantemente un poder intelectual -por si hay alguna duda de ello-, como tribunal inapelable en el reparto de simpatías incondicionales y rechazos o desconocimientos implacables. Pero, no

*Conferencia leída en el XXIII Simposio de Docentes e Investigadores de la Literatura Venezolana, celebrado en San Cristóbal el año 1997, bajo los auspicios del Centro de Investigaciones Literarias y Lingüística “Mario Briceño Irigaray”, de la Universidad de Los Andes

es la ocasión de derivar hacia este tema, por demás sabroso, pero, sin duda tangencial en este caso.

Volviendo al concepto de *revista literaria*, podría decirse que corresponde, bien al modesto refugio o bien a la tribuna inicial de escritores en formación, en ciernes o, simplemente, en sueños. De ese nirvana los hace descender el reto de lograr publicar el fatídico número dos, subida escarpada en cuyo intento de ascenso suelen morir las pretensiones de continuidad de simposios, asociaciones y revistas. Si se vence esa funesta señal, el viento favorable del número tres puede llevar lejos.

Para algunos una *revista literaria* es poco menos que un acto de vanidad. Es más, el vanidoso central -que apenas se aguanta las ganas de publicar sus poemas o sus cuentos o sus ensayos- involucra a otros vanidosos -que no se hacen mucho de rogar-, y un grupo se lanza a la aventura. Esto sería cierto si aceptamos que todo acto de divulgación, que todo logro editorial, es un acto de vanidad. Bien. Por esa vía no habría mucho que agregar. Pero, esta sería una visión simplista. No es literaria una revista porque sus redactores lo afirman. Algunos dicen que escriben poesía, aunque nos cuesta encontrarla en lo que de ellos leemos. En cambio, Díaz Rodríguez jamás declaró que escribía prosa artística; ni Ramos Sucre nunca dijo que sus textos eran poesía. Pero, allí no radica el problema de identificación. Esto sería, más bien, un caso de documentación o de filiación semejante al que establecen los organismos de seguridad o de sanidad.

¿Qué es una *revista literaria*? ¿Es la revista que se proclama a sí misma como *literaria*? Quizás sí; en mecánica clasificación simplista. Pero, en todo caso, no sólo tienen significación literaria las revistas que se dicen «literarias». Como tampoco las que se autodefinen como tales limitan su trascendencia a lo estrictamente literario. Con frecuencia, la natural laxitud del caso -por contigüidad intelectual o por clara intención ideológica-, dota a las revistas llamadas «literarias» de una clara e inevitable proyección filosófica, social y política. De igual manera resulta habitual que las revistas de amplia orientación humanística incluyan una evidente -y a veces de primer orden- representatividad literaria.

Los ejemplos que refuerzan este planteamiento son tan numerosos y conocidos, que no resulta necesario traerlos a colación. Cabe recordar, solamente, el caso de las primeras revistas nacionales: *La Oliva*, *La Guirnalda*, *El Repertorio* y, muy especialmente, *El Liceo Venezolano*; así como los periódicos *El Semanario* y *Correo de Caracas*. Fueron publicaciones periódicas de carácter humanístico, inclusive con proyecciones científicas; y sin embargo plasmaron el fundamento para la consolidación de la poesía romántica, difundieron ensayos de motivación literaria, dieron cabida a iniciales artículos de costumbres, a los primeros relatos literarios nacionales y hasta a la primera novela venezolana. Es difícil imaginar mayor sustento y apertura al desarrollo literario de la época.

Dentro del marco público y de siembra difusora de la revista, el grupo pervive en su atmósfera de complicidad para algo que se presume muy importante, decisivo, casi revulsivo para el arte y la sociedad; pero, que en última instancia apenas es una conspiración de carbonarios del intelecto que sólo persiguen como objetivo revolucionario el de tutearse con los grupos dominantes que detentan el poder de los medios de comunicación, de los salones ateneísticos, de las aburridas pero protectoras páginas de los suplementos literarios, de las manos burguesas y delicadas que dispensan honores, becas y celebridades. Es la fatalidad de lo que Kaufmann llama el agrupamiento para «llegar a ser un día hegemónico en el campo literario» que antes se combatía con pasión. ¿Resultado del cansancio? No; identidad de propósitos.

Dialéctica de una revista excepcional que no altera la regla: Crítica Contemporánea

Un relevante ejemplo de *revista-grupo* - o de *grupo-revista*- de este medio siglo que ya abre las puertas al XXI, es el de *Crítica Contemporánea*, publicación enclavada en medio de los dilemáticos años sesenta. Su índole universitaria fue rápidamente identificada con la clara denominación de revista intelectual, en lo cual no había equivocación; y de revista pedante, en lo cual se exageraba, al menos en parte.

El hecho cierto, histórico y contundente de la existencia y la significación trascendente de la revista *Crítica Contemporánea* es por demás ilustrativo de la proyección humanística y literaria de una revista; y merece la consideración correspondiente en el desarrollo de las ideas y de las letras en un período particularmente complejo, difuso y riesgoso de la reciente historia ideológica nacional.

Acerca del lugar indudable que le corresponde históricamente a *Crítica Contemporánea* -posible de ser omitido solamente si se carece de una información elemental-, ya ha adelantado consideraciones Juan Níño, que deben ser reproducidas por primeras y por agudas: «En los agitados y harto trajinado años sesenta, en Caracas sucedieron muchas cosas, y una de tales cosas, cada vez más olvidadas, fue la creación y persistencia por casi cinco años de una revista: *Crítica Contemporánea*... Su primer número apareció en mayo de 1960. El último, el 15, llegó hasta 1964-65. El Comité original de Redacción estaba integrado por, citados en el alfabético y neutro orden en que aparecieron en el primer número: Orlando Albornoz, Germán Carrera Damas, Gustavo Luis Carrera, Rafael Di Prisco, Pedro Duno, Marisa Kohn de Becker, Juan Níño, Antonio Pasquali y Federico Riu. Al principio *Crítica Contemporánea* contó con alguna publicidad de las empresas privadas, que la retiraron tan pronto la Revista tomó posiciones francamente radicales en defensa, entre otras cosas, de la Revolución Cubana, aquella lejana, para siempre perdida, quizás nunca existente fuera de los buenos deseos, Revolución Cubana de los primeros tiempos y de la visita de Sartre a La Habana... Para

algunos de quienes participamos en aquella empresa de juventud, aun nos resultan incomprensibles tanto los odios entonces generados como el posterior silencio que han caído sobre esta Revista. Silencio que aun continúa, hasta el punto de que en la actualidad hay quienes editan listas, antologías, referencias de revistas venezolanas de aquellos años y siempre, sistemáticamente, omiten a *Crítica Contemporánea*. Como si no hubiera existido. No puede ser, sería demasiado hermoso, que todavía siga inspirando tanta aversión». Las palabras de Nuño no requieren comentarios.

Cabe agregar que la perspectiva vital de *Crítica Contemporánea* se caracterizó por un sólido mensaje social, ideológica y estéticamente definido. Si algo puede definirla, es decir que fue una *revista universitaria*, si esto alcanza a tener un significado. Pero, más allá -o más acá- de su proyección ideológica general, fue una revista de intensa, decidida y a veces reveladora, carga literaria. *Crítica Contemporánea* publicó el primer cuestionamiento sistemático de los últimos tiempos sobre el Modernismo hispanoamericano, trabajo elogiado por el crítico Juan Marinello; ensayos sobre novela venezolana, con una revisión, de la obra galleguiana; planteamientos de fondo sobre teoría literaria; artículos de Alain Robbe Grillet, de Michel Butor, de Juan Goytisolo; comentarios sobre novelas de actualidad, como la primera de Salvador Garmendia; análisis extensivos y multidisciplinarios sobre obras de gran vastedad, como *Los Riberas*, de Mario Briceño Iragorry; una selecta muestra de poesía casi clandestina de España y de medio mundo. Así mismo dedicó el cuerpo central de uno de sus números al tema de Literatura y Revolución y animó permanentemente una crítica literaria menos complaciente, más sincera y comprometedora. Y así podría seguir la lista.

¿Adónde quiero llegar con este planteamiento? ¿A destacar aún más la significación propia de *Crítica Contemporánea*? En la dimensión de los valores, la Revista se defiende sola. Me interesa algo mucho más vasto: cuestionar el concepto de *revista literaria*, sacarlo de su acostumbrado aldeanismo mental, que lo circunscribe a una verdadera aldea de poemas, relatos y ensayos, así sean difícilmente merecedores de tales títulos, pero autoproclamados como tales. Si no se amplía objetivamente, inteligentemente, el criterio al respecto, se terminará dándole categoría de *revista literaria* primero a las ediciones de las revistas de los bancos que se llenan de poemas de sus funcionarios en el Día de la Madre, que a la *Revista Nacional de Cultura* o a *Imagen*, que habitualmente sólo dedican un tercio de su espacio a la literatura.

Ahora bien, ¿existe una *literatura de revista*? ¿Algo así como la llamada *literatura de aeropuerto*? ¿O la revista es solo el vehículo de una muy diversa, y a veces excelente, literatura?

Se escribe por necesidad. Y no por otra cosa se funda y se mantiene una revista. Necesidad de escribir y necesidad de difundir. Y no hay más secretos ni solemnes propósitos. Serán el tiempo y la historia quienes establezcan significados, valores y trascendencias.

La revista tiene *alma*, como la tienen un libro, una idea, una propuesta estética, un proyecto social. Solamente que el alma de una revista se materializa en dos dimensiones: la conceptual -en su postura o programa significativo- y la material -en la persona o el grupo que la anima-. Y esa alma dual es su sentido histórico y su garantía de supervivencia.

...Y en particular quienes dan vida -o la han dado- a una revista, saben con claridad a qué hago referencia...

Quizás, al final, será reconfortante reconocer que no existe la *literatura de revista*, como tampoco la *revista literaria*. La literatura opta a esta categoría por derecho propio, y no por cauce comunicativo. Y la revisita de proyección literaria, adscrita al signo de su época, no declara sus aspiraciones, sino que hace presente sus potencialidades. Así como no hace quien quiere, sino quien además puede; no se adviene a la literatura por pretensión, sino por acción. En consecuencia, la revista literaria no se proclama, sino se demuestra.

...Y los esforzados, tenaces e irreductibles editores de revistas entenderán meridianamente mi planteamiento...

Esta aproximación a la especie *revista literaria*, con referencia ejemplificadora a una de ellas, pretende, de paso, llamar la atención de los investigadores sobre el valor particular de las revistas como fuente de información documental y de orientación a propósito de características de épocas y de grupos de expectativas estéticas y de proposiciones creadoras, dentro de una especial capacidad actualizadora, de pronta respuesta a las motivaciones culturales literarias del momento. Señales de acción cultural y literaria que tardarán mucho en aposentarse en la permanencia rigurosa del libro, o que nunca recibirán esa santa bendición. Esta función informativa y orientadora de las revistas es de particular utilidad para la confección de bibliografías y diccionarios, cuerpos - índices que representan las dos referencias extremas -en el origen y en la culminación- de una misma necesidad informativa documental absolutamente indispensable para el esforzado y testarudo investigador. No menos productivo, jugoso y revelador es seguir la pista de los grupos literarios como tales; sobre todo en su condición de bombas de tiempo, donde en algún momento explota un manifiesto o sube al ring de la discordia un talentoso disidente, capaz de decir mucho más en una entrevista de lo que cabe en una rigurosa declaración de principios o en una formal ars poética.

Curiosamente, aunque a la vista los grupos literarios persiguen la voz múltiple representada por una revista, hecha con pasión creadora y alimentada con toneladas de talento -o de lo que se piensa que lo es-, a fin de cuentas parecería que lo que se esconde es lo que algunos críticos han llamado la obsesión del *Libro*, el mito de la escritura de un Libro que integra, supera y explora todos los libros. Este símbolo inalcanzable del Libro que es origen y objetivo a la vez, que se hace consustancial con la persecución infinita de un ideal, establece su impronta en la literatura moderna a partir de los románticos. A su lado, la *Revista* es algo así como el campo de entrenamiento para la batalla final, avasallante y aniquiladora, que nunca habrá de darse,

por obra y gracia pacificadora de las contradicciones genéticas. El ejemplo surrealista es particularmente revelador al respecto. El propio Bretón califica el surrealismo de «automatismo síquico puro», para decir, en seguida, que sirve para «expresar, ya sea verbalmente, o ya sea por escrito, o ya sea de otra manera, el funcionamiento real del pensamiento». La contradicción es evidente: el automatismo espontáneo va a reflejar la organicidad del pensamiento. Y lo mismo sucederá con los manifiestos, las revistas y los libros surrealistas: progresivamente harán de su original y asombroso Libro de sorpresas, un desgastado y convencional Libro de palabras cansadas. Es una ley pendular que no cesa, yendo de lo novedoso a lo convencional. Es la fatalidad de la fatiga del tiempo de la cual todos aspiramos, inútilmente, a escapar.

Y así fuimos en su momento. Con igual pasión ingenua y pura. Agregaré, ni cuanto a *Crítica Contemporánea*, unas pocas ideas más, subrayando que fue un proyecto integrado de presencia ideológica, con proyección política; de presenencia estética, con significación renovadora; de presencia literaria, con postulados novedosos y rebeldes; de presencia hacia la calle, con ilusas pretensiones de revulsivo social.

La propia vida, y supervivencia, de *Crítica Contemporánea*, en tanto revista y grupo, es un aleccionador ejemplo de lo que debe hacerse y, desde luego, de lo que debe esperarse -aunque quizás sería más sensato decir: lo que no conviene soñar-, de una empresa de tal condición.

Fue el tiempo de *Crítica Contemporánea* -quince números de mayo de 1960 a noviembre de 1966- tiempo de propuestas y de desplantes en el campo de las ideas, del arte, de la literatura, de las tesis sociales, de la política concreta materializada en lo cotidiano, en lo próximo, en una realidad nacional; y en lo universal, en una dimensión genérica y de rigor reflexivo extensible a todas partes.

La crítica apunta hacia el espíritu cuestionador, de duda sistemática y de valiente condena, con respecto a lo que se juzga ambiguo o se califica de repudiable. Lo *contemporáneo* alude a la conjunción del tiempo circundante, con los pies bien plantados en lo nacional y su circunstancia, y del espíritu bien nutrido de conocimiento sistemático universal. La conjunción final es la definidora del que puede catalogarse como grupo universitario por antonomasia, destacado entre los de mayor significación en la segunda mitad del siglo XX, en la sucesión histórica de la *intelligentsia* venezolana. Y ello es así por arte y espíritu de una revista: *Crítica Contemporánea*, signo en el tiempo de la dialéctica de la *vanguardia* y de la comunicación, pareja de contrarios que dinamiza la evolución permanente de los grupos y de las revistas en tanto propuestas estéticas.

Bibliografía

Carrera, Gustavo L. (1984). *Imagen virtual*. Caracas: Ediciones Virtual.

Kaufmann, Vincent (1997). *Poétique des groupes littéraires: Avant-gardes (1920-1970)*. Paris: Presses universitaires de France (réédition numérique Feni XX).